

Un numeroso y escogido acompañamiento, compuesto de todas las clases de la sociedad, asistió á la inhumacion, y el acto fué presidido por la comision del soberano congreso y el Exmo. Sr. presidente de la República, con los señores secretarios del despacho y oficiales mayores. Un sencillo y elegante catafalco ocupaba el centro del cementerio, y una vez colocado en él el cadáver, el señor diputado D. Vicente Riva Palacio, orador nombrado por la comision de la cámara, pronunció un enérgico y sentido discurso: á continuacion el Sr. D. Juan de Dios Arias, en nombre del club Farías, dijo una corta y tierna alocucion; le siguió el Sr. D. Leandro Cuevas, y por último, el Sr. D. Pantaleon Tovar leyó unos versos.

Concluido este acto, la comitiva se dirigió al panteon, donde se dió sepultura al cadáver del jóven general, que murió en defensa de los derechos del pueblo.

¡Ojalá y su sangre no sea estéril como la de otros muchos, y nos saque del letargo en que hemos estado sumergidos, tratándose de castigar á los asesinos y los déspotas, origen de tantos males!"

De orden del comandante militar...
 El panteon de San Fernando...
 El batallon de Zacatecas...
 La marcha la abrió un piquete...
 Los señores señores...
 Todos los señores...
 El batallon de Zacatecas...
 La marcha la abrió un piquete...
 Los señores señores...
 Todos los señores...



ORACION FUNEBRE.

El *Monitor* del dia 3 de Julio publicó la siguiente, pronunciada en el panteon de San Fernando, por el Sr. diputado D. Vicente Riva Palacio:

Ami, nous te félicitons d'avoir donné à ta foi républicaine jusqu'au dernier souffle de ta bouche, jusqu'au dernier battement de ton cœur; nous te félicitons d'avoir souffert, nous te félicitons d'être mort!—V. Hugo.

Amigo: te felicitamos por haber dado á tu fé republicana hasta el último aliento de tu vida; hasta el último latido de tu corazón. Te felicitamos por haber sufrido: te felicitamos por haber muerto.
 V. Hugo.

SEÑORES:

Sobre la tumba de los mártires de la libertad, los hijos de la democracia depositan las coronas del triunfo y los laureles de los vencedores.

El recuerdo de los que mueren por la causa del pueblo y de la Reforma, pide el canto de la victoria y las oraciones de los héroes. Venimos á dar el último ¡adios! á un hombre que en la flor de su edad, á la vista de un porvenir glorioso y lleno de virtudes cívicas, ha desaparecido de entre nosotros y va á encerrarse para siempre en esa fosa que le abrió el odio sangriento y el terrible despecho de los asesinos de Tacubaya.

Hijo del pueblo, vivia en la oscuridad de su honradez y nada anunciaba en él la gloria que debia perpetuar su nombre, ni el genio que lo habia de elevar al nivel de los hombres ilustres de la historia. Pero llegó otro tiempo. El soplo de la revolucion agitó nuestros campos y nuestras ciudades. La nacion se levantó como un solo hombre para conquistar la libertad y la Reforma, y despues de una sangrienta lucha, último esfuer-

zo del partido conservador, el pendon de la democracia flameó triunfante sobre los palacios de Cortés y Moctezuma. En medio de esta tempestad, en medio de ese torbellino revolucionario, apareció Valle marchando al combate, siempre alegre, siempre lleno de fé por el triunfo de los principios democráticos. Más de una vez la victoria coronó sus esfuerzos y formó con sus álas una egida sobre el pecho de Leandro. Su nombre sonó por todos los ángulos de la República, y en la triunfal entrada del ejército de la libertad en la capital misma, los hombres, y las mugeres y los niños, buscaban con avidez y señalaban con entusiasmo al joven y modesto general que recibia con la sonrisa en los lábios y radiante de felicidad, los frenéticos aplausos de la multitud, la lluvia de flores y de coronas que caian sobre su cabeza y le servian de alfombra.

¿Quién hubiera entonces previsto que antes de seis meses esa misma multitud que lo victoreaba, vendria silenciosa y meditada á acompañarlo en fúnebre cortejo, á la mansion del eterno descanso?

El pueblo lo nombra su representante. Su voz enérgica vibró en el santuario de las leyes como el postrer "adios" á sus conciudadanos, y empuñando otra vez las armas, se presentó esclavo de su deber á recibir el último suplicio entre las sombrías arboledas del monte de las Cruces.

Tal es la suerte de todos los hombres que han combatido por la humanidad, por el progreso y por la civilizacion. La suerte de los reformadores ha sido siempre la misma. El cadalso tras la victoria; el sacrificio despues del triunfo. En esa inmensa pléyade de los apóstoles de la democracia, la historia va á contar desde hoy en adelante al joven mártir del monte de las Cruces, y su sangre vertida sobre ese suelo húmedo aún con la sangre de Degollado, es el holocausto mas santo, mas aceptable á los ojos de esa divinidad que preside la marcha de las naciones y que ha marcado el camino de la humanidad. El cadalso de Leandro se ha levantado sobre esos montes santificados por la sangre de los héroes de la independenciam, y Valle ha muerto tambien como aquellos, bajo el golpe rudo de los miserables sectarios del fanatismo y de la inquisicion.

Se ha querido agregar la infamia al asesinato, se ha querido por esos miserables que enarbolan hipócritamente la bandera de la religion, cubrir la memoria del héroe con el manto del

criminal. Pero se han engañado. La nacion entera, el mundo todo, al saber este horrible acontecimiento, lanzan un grito de indignacion; y los esfuerzos de Márquez por manchar la memoria del mártir, serán tan impotentes como los del hombre que intentara apagar el resplandor del sol, lanzando al cielo un puñado de arena.

Cuando considero, señores, el cadáver de Leandro pendiente de un árbol, como el de un facineroso, despojado de sus vestidos y espuesto á la burla de una soldadesca desenfrenada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, con el cráneo despedazado, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible posicion en que fué suspendido, entonces la sangre se agolpa á mi corazon, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz, y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldicion: señores, el que no siente hervir la sangre en sus venas, cuando hiere su imaginacion esta terrible idea, ese no es mexicano, ese no es hombre. Siento señores, que un vértigo se apodera de mí al dirigiros en este momento la palabra; porque creo que estos terribles asesinatos se han cometido para intimidarnos; porque esa falánje de monstruos que enarbolan aún y se agrupan en derredor de los sangrientos girones de la bandera reaccionaria, han soñado ahogar en sangre la idea de la libertad: han soñado levantar sobre un monton de cadáveres y sobre las humeantes ruinas de nuestros pueblos el trono del fanatismo. Y semejantes á la serpiente, quieren fascinar con el brillo infernal de sus hazañas á las víctimas, para devorarlas sin resistencia. Pero se engañan. Cada uno de nosotros ha visto la suerte que le espera en el combate á que se ha lanzado. Cada uno de nosotros tiene ya designado un lugar en ese inmenso cadalso en que pretende convertirse á la República. Y sin embargo, señores, honor al partido liberal; ninguno de nosotros ha titubeado, ninguno de nosotros ha sentido disminuirse el recio latido del corazon, al contemplar los asesinatos cometidos por los enemigos de la humanidad. Por eso, señores, sobre la tumba del mártir entonamos el grito de la victoria, y por eso la sangre de la nueva víctima es el germen arrojado en el suelo feraz de los trópicos, que hace brotar bajo el ardiente sol de la libertad nuevos campeones, mas en-

tusiastas aún que el que acaba de sucumbir, regenerados por el bautismo de su sangre.

En el cadalso de Leandro Valle está el apogeo de su fama, y la primera sombra de la eternidad ha sido para nuestro hermano la alborada de su gloria. ¿Qué tiene que envidiar suspendido de un árbol, mecido por el huracán, iluminado por el relámpago y acompañado solo por las fieras que le acechaban para devorar su cadáver, y por las aves de rapiña que formaban eternos círculos en torno de su despedazada frente? ¿Qué tiene que envidiar, repito, á esos hombres á quienes la antigua Roma levantaba estatuas, á esos hombres á quienes la moderna Francia dedica suntuosos monumentos? La hoguera de Juana de Arco y de Juan de Huss, los tormentos de Hugo Bassi, y el cadalso de Kart-Sand, han sido levantados por la misma mano que hirió á Valle, por esa mano que armó el brazo de Ravailiac y de Jacobo Clemente, que impulsó á Carlos X y á Catalina de Médicis, al espantoso San Barthelemy; que inició á Luis XIV sus sangrientas Dragonadas.

El fanatismo es el mónstruo insaciable, que hizo perecer sobre las escarpadas cumbres del Calvario al Redentor de la humanidad, en cuyo nombre vilmente invocado, se tala, se incendia y se asesina entre nosotros; sin recordar siquiera que ese Dios que proclaman, que esa religion que profanan, que esa doctrina que envilecen, es la doctrina de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad; es la doctrina de la civilizacion y de la democracia; es la doctrina, es el Dios que bendice á Valle, que recibe su espíritu y que lanza sobre sus asesinos una terrible maldición, que se cierne sobre sus cabezas como una tempestad. Ese cadalso es la gloria. ¿No oís, señores, entre nosotros llegar el espíritu de Valle; no lo sentís flotar á vuestro lado? Siento el batir de sus alas sobre mi frente. “Valor, hermano mio, me dice, mi sangre no sea estéril, no cubra el olvido mi sacrificio. Detén esas lágrimas que vienen á tus ojos, soy feliz, y el porvenir de mi patria oculto antes á mis miradas, ha descornado su velo, y ese porvenir es bello y brillante, y el día de la felicidad está cercano.”

Sí, espíritu de nuestro amigo, de nuestro hermano, nosotros te saludamos, aquí, en el borde de tu fosa, cuando el inmenso velo de la eternidad va á atravesarse entre nosotros, cuando nuestros ojos te buscan en vano, cuando nuestros brazos se agi-

tan en el vacío, buscándote para estrecharte contra nuestros corazones, cuando creemos verte aparecer á cada momento, y creemos escuchar el sonido de tu voz entre el rumor del viento que ajita las malezas del cementerio, aquí venimos á darte el último “adiós.” Ya no te veremos. Ya tu memoria será un puñal para nosotros y, ¡oh! si pudiéramos acompañarte mas adelante, cómo avanzaríamos gustosos por ese misterioso camino que ahora sigues. Pero tu recuerdo será eterno, porque has muerto por el pueblo y por la libertad. Feliz tú, cuya muerte ha sido el apoteosis de tu vida; por eso nosotros, pobres soldados de la libertad, confesores de la doctrina democrática, al escuchar el ruido de la losa que cierra tu sepulcro, te gritamos desde el fondo de nuestros corazones, con toda la fuerza de nuestro espíritu, con toda la fé de nuestras convicciones: hermano, amigo, nosotros te felicitamos por haber dado á tu fé republicana hasta el último aliento de tu vida, hasta el último latido de tu corazón. Te felicitamos por haber sufrido, te felicitamos por haber muerto.....!—DIE.

Junio 29 de 1861.

El mismo periódico del dia 30 de Junio, publicó los siguientes artículos:

EL CLUB GOMEZ FARIAS

EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL VALLE.

“Vástago de la familia heroica del ilustre demócrata D. Valentín Gomez Farías que dió su nombre á nuestro club, fué exaltado el general D. Leandro Valle á la presidencia de aquella reunion como la patentizacion de sus creencias, como la flor de su patriotismo.

Nunca se habia presentado en una personificacion mas simpática, mas generosa, mas digna el soldado del pueblo, jovial, entusiasta, intrépido, misericordioso, y todas estas virtudes iluminadas por una juventud que derramaba esperanzas; por un corazón que trascendia de amor de gloria y de patriotismo exaltado.

No creíamos que tan pronto engalanara este nombre querido el martirologio de la Reforma.

La hiena de Tacubaya no podía resistir á la tentacion de beber esa sangre. ¡Mónstruo! regocíjate en tu festin de carne humana, regocíjate..... mientras tu expiacion ejemplar vindica á la humanidad de la afrenta de que respires impune sobre las frescas tumbas, en que caen nuestras maldiciones al partido del retroceso como lágrimas, y nuestras promesas de vengarle, como plegarias dignas de hombres.

A los detractores de la Reforma, á las víboras de la envidia que silban hipócritas por los honores con que queremos ensalzar á los nuestros, contestémosles con estos cadáveres, hagámosles palpar estos martirios, y que respondan en lo que justifican esa sangre y esta desolacion.

Tan jóven, tan gallardo, tan amante y tan tiernamente amado, ¿cómo morir? ¿quiénes son los verdugos? ¿dónde existen? Ya los veis, han venido á insultarnos á nuestros hogares, nos provocan á corta distancia, sus cómplices rien de nuestro duelo.

El club Gomez Farías no ha venido á este punto á derramar flores, se secarian, no ha querido tributar aquí lágrimas cobardes, ha venido á este, que para él es un altar consagrado con la sangre de un mártir, á escitar á la union al partido liberal, y á renovar sus juramentos de celebrar sobre esta tumba amada que encierra los restos de su presidente, la consumacion de la Reforma, como digno homenaje que reclaman su nombre y su martirio."

EL SEÑOR GENERAL

D. LEANDRO VALLE.

"Ayer en la tarde han sido sepultados los restos de este amado caudillo de la revolucion, sorprendido por la muerte en la plenitud de la vida y de las esperanzas.

Acabamos de estrechar su mano; le acabamos de ver salir de un festin, palpitando de placer, impregnado de los perfumes de las flores, y casi sonriendo con la victoria, radiante de ventura!

Hoy le tenemos que llorar, sorprendidos con los equívocos de la fortuna, incrédulos casi de su muerte, con la estrañeza con que siempre nos sorprendemos de ver mortales á los que les habíamos dotado con la inmortalidad de nuestra ternura.

Hemos escuchado á nuestro corazon, y no hemos podido negar un recuerdo á la amistad. ¿Defraudariamos una memoria al que ha comprado nuestros recuerdos con su sangre? Escritores políticos, nos ruborizaremos de nuestros sentimientos, por pérdidas de tanta valía para la patria?.....

Valle era la popularidad y la alegría de la revolucion; su vida era la fé, la fé del corazon vírgen, sin sombras de ódio, sin nubes de ambicion; amaba la gloria por la gloria, como se ama por amor; su razon y su aspiracion estaban en su causa.

El infortunio le exaltaba, porque hay un fondo de placer en sufrir por lo que se ama; la victoria no le envanecia, porque jamás dudó de ella, ¡qué hermosa existencia! ¡cada movimiento de nuestra pluma, quisiéramos que fuese una caricia paternal sobre la fisonomía pura de esa vida inmaculada!

Nace con la aurora de la Reforma por los años de 31 á 33; apenas abandona la infancia, el colegio militar le recibe y asombra á sus maestros por sus talentos: conquista con ellos y con su estudio todos los grados, y llega en breves años á teniente coronel de ingenieros.

Atraviesa el mar, vuela á Europa, reside en Paris algunos años, donde desarroya sus talentos, fortifica su juicio y robustece su amor á la libertad que heredó de su honrado padre, el eminente patriota D. Rómulo del Valle; y rico en gérmenes de esperanza, anhelante por la accion, mas que nunca amante de su patria, á poco de saludar á México su cuna, le conmueve el golpe de Estado y decide de su porvenir.

Fundida su naturaleza en el molde de los héroes, concibe dos ó tres planes para encadenar la reaccion al nacer, y la fé que es una magestad, presta título y autoridad al jóven imberbe, que se posesiona de un asiento muy visible entre los patriotas eminentes del partido democrático.

Esa expansion innata á las naturalezas generosas, que es la flor del corazon, convocaba al rededor de Valle la juventud, y encantaba la edad madura; el afecto universal, olvidando sus títulos y sus estudios, se lo apropiaba en familia, llamándole Vallecito, como quien pretende mimar su propio nombre.